

Chile: Hacia una ciudadanía activa y humanizante.

Joaquín Walker

Licenciado en Derecho Universidad Católica.

Ex Presidente de la FEUC. Coordinador Área Jóvenes Centro Democracia y Comunidad

1.- Introducción

Con el auge de los movimientos sociales durante el 2011 en Chile, la ciudadanía ha tomado mayor protagonismo en la discusión pública. El presente texto desarrolla aspectos negativos y positivos de la exaltación de la ciudadanía, vinculando este fenómeno a la poca representatividad de los partidos políticos. Así, luego de valorizar esta realidad, propone cinco pilares básicos sobre los cuales debiera cimentarse una ciudadanía activa y constructora del bien común, que tienda a humanizar la sociedad: solidaridad, derechos, gratuidad, pluralismo y una juventud pujante.

En los últimos años, y particularmente desde el 2011, con la explosión de los movimientos sociales, hemos escuchado en ascendente cantidad de ocasiones las palabras ciudadanía, ciudadanos y ciudadano (como adjetivo, v. gr., movimiento ciudadano). En estas breves líneas, explicaremos la relevancia social que han tomado estas expresiones y, sobre todo, desarrollaremos un concepto humanista de ciudadanía, el cual no puede sino ser de tal manera. Así, señalaremos los pilares para desarrollar una ciudadanía que vele por el bien común, poniendo especial énfasis en el rol que cumplen los jóvenes en ello.

A diferencia de la noción de ciudadanía entendida como sinónimo de sociedad civil (conjunto de ciudadanos, según la RAE), que han promovido –o debieran promover– los partidos políticos socialcristianos en el mundo, como un eje central más allá del Estado y el Mercado, hoy, muchas veces, al ser invocada (la ciudadanía), no se hace tanto por su valoración misma, sino por una abierta crítica a los partidos políticos. La sociedad, por falta de representatividad de los partidos, ha buscado otras maneras de organizarse, manifestando su crítica frente a la institucionalidad partidaria.

Esta crítica a los partidos y consecuente enaltecimiento de la ciudadanía, es posible valorarla tanto negativa como positivamente.

Es negativo, en primer lugar, porque –en parte– es reflejo del individualismo que se arraiga culturalmente en nuestra sociedad de mercado, como efecto propio del modelo neoliberal que nos rige, lo que dificulta toda apuesta por proyectos colectivos que abracen causas a largo plazo. Proyectos colectivos que van desde el matrimonio (proyecto comunitario base de la sociedad; al que algunos creemos que debieran acceder todos, sin diferenciar el sexo de los contrayentes) hasta el militar en partidos políticos, pasando por participar en organizaciones eclesiales y deportivas. Todo plan que implique sumarse a otros por un fin común, hoy se dificulta en esta sociedad de mercado.

Es negativo este ensalzamiento de la ciudadanía, en segundo lugar –y por cierto muy vinculado a lo primero–, porque detrás de las causas ciudadanas adjetivadas, hay también un fuerte riesgo a caer en el puritanismo. Para aclarar mejor este punto, cito a Pablo Romero Buscicardi sj e Ignacio Saffirio Palma, en la publicación *Vocación Cristiana de los Jóvenes a la Política*: *“La política hay que valorarla y no mirarla desde fuera. Hay que quemarse y arriesgarse. El fervor por ser “independiente” (...) puede esconder, especialmente para el cristiano, un fariseísmo y puritanismo oculto: ‘yo no me mezclo con aquellos’, ‘yo no soy como aquellos’, ‘no quiero mancharme’... pero nunca se pone (y expone) verdaderamente*

en el lugar del que gobierna”. Y continúan más adelante refiriéndose a este tipo de personalidad: “...no se atreve a sentir la tensión de la realidad y la tensión de tener que tomar decisiones que nunca van a ser plena expresión de sus ideales”¹.

Y es negativo, en tercer lugar, porque tras esta concepción de ciudadanía, suele darse una impropia y antidemocrática atribución de la representatividad (local, regional o nacional, según sea el caso). Muchos vociferan haciéndose llamar “el pueblo”. Lo son. Pero no son todo el pueblo. Y reprochan a quienes fueron elegidos en urna cerrada, abierta y libre. Es cierto, en una democracia imperfecta (con un sistema binominal único en el mundo), pero esa comparación tampoco da derecho a creer que es el incipiente movimiento social/ciudadano el que representa verdaderamente a la localidad, región o país.

No obstante estos aspectos negativos, la exaltación de la ciudadanía es, por otro lado –y sobre todo–, profundamente positiva.

En primer lugar, porque muestra una honda necesidad de pertenencia sociopolítica, la cual, lamentablemente, no es satisfecha por los partidos. Muestra deseos de asociarse y de comprometerse colectivamente por una causa. Además, nos muestra una realidad, que si bien es sabida, no es del todo asumida: los partidos políticos no están representando plenamente a la sociedad. Sin perjuicio de ello, no debemos pretender que los partidos representen a todos; ni que los movimientos ciudadanos no debieran existir para subsumirse en las estructuras partidarias. Esto último, precisamente, fue uno de los grandes errores de los gobiernos de la Concertación: la sobrerrelación del Estado con los partidos, en desmedro de las organizaciones sociales, muchas veces vinculado a la instrumentalización de éstas. Ese no es el camino. Lo que buscamos es un diálogo y compenetración entre dos maneras de organizarse que se requieren mutuamente, con roles y competencias distintas.

En segundo lugar, es positivo el auge de los nominados movimientos ciudadanos, porque hacen un llamado de atención al statu quo y sacan a la luz problemáticas latentes. Norbert Lechner (destacado investigador, politólogo y abogado alemán nacionalizado chileno), refiriéndose al rol que puede adoptar la sociedad civil, señala lo siguiente: “*Cuando una política cada día más autorreferida deja de ser plausible a los ojos de la ciudadanía, la invocación de la sociedad civil sirve para recordar las promesas incumplidas de la democracia como, por ejemplo, la participación ciudadana y la transparencia de los asuntos públicos. Llama pues a una revisión radical de los postulados liberales de la democracia. Dicho en otras palabras: la sociedad civil –referida a la democracia liberal– nos recuerda que el orden democrático se funda en una comunidad de ciudadanos*”². Así de relevante es el rol de la sociedad civil organizada. Efectivamente, tras el 2011 en Chile, hemos recordado, como sociedad entera, la mala calidad de la educación y la segregación del sistema educacional, gracias al movimiento estudiantil; la injusta centralización que sufrimos como país, gracias al movimiento Tu Problema Es Mi Problema, en la Región de Aysén; y al Puntarenazo, en la Región de Magallanes; y la indignad que causa una empresa a una comunidad, por bajos estándares ambientales y sanitarios de nuestra normativa, en Freirina; por nombrar algunos ejemplos.

Un tercer rasgo positivo del incremento y revalorización de la ciudadanía organizada, es que existe la posibilidad de politizar la sociedad, es decir, “dar orientación o contenido político a acciones, pensamientos, etc., que, corrientemente, no lo tienen”; o “inculcar a alguien una formación o conciencia política”, según define este verbo la RAE. Es precisamente esto lo que nos falta en una sociedad donde el cálculo egoísta de beneficios

¹ Pablo Romero sj e Ignacio Saffirio, *Vocación Cristiana de los jóvenes a la política*, en Cuadernos de Espiritualidad n°190, Centro de Espiritualidad Ignaciana, Santiago 2012, pp. 26-35.

² Norbert Lechner, “La (problemática) invocación de la sociedad civil”. Revista Perfiles Latinoamericanos n° 5, 1994, pp. 131-144.

máximos orienta casi todas las conductas sociales: preocuparnos de los asuntos de la polis, de la ciudad.

Con los movimientos sociales se ha logrado mostrar las dolorosas heridas que nos marcan como país, que todas ellas tienen en común la desigualdad social, sin quedarse en la mera demanda corporativa, y se han exigido transformaciones estructurales, las cuales pasan por decisiones políticas. Así, se han politizado los problemas y se ha aterrizado una política que siempre ha debido ser terrenal. Dentro de los hogares, en los pasillos de colegios y de instituciones de educación superior, así como en la prensa se ha comenzado a hablar más de asuntos políticos, aunque no siempre se esté consciente de ello. Se contribuye de esta manera a combatir una cultura gremialista que está arraigada en Chile, que ha sido impuesta desde la dictadura y que está plasmada en nuestra Constitución Política, en la cual se vela meramente por los intereses específicos de una agrupación determinada. Combatir esta cosmovisión es clave para construir una sociedad comunitaria y humana.

2.- Hacia una cultura ciudadana más humana y humanizante

Teniendo a la vista el rol que ha jugado la ciudadanía estos últimos años en Chile, con sus aspectos positivos y negativos, ahondemos en los pilares sobre los que debiéramos cimentar una ciudadanía activa y constructora del bien común; una ciudadanía más humana y humanizante:

Solidaridad

El primer pilar es el de solidaridad. Esta es una palabra manoseada y desvirtuada, que se asocia poco a su origen real. Generalmente se le vincula a caridad, entendida como limosna. Esta es otra tergiversación del uso del lenguaje debido a la mala práctica que le damos a la palabra caridad, pues su significado es amor.

¿Pero qué es realmente la solidaridad? El jesuita Rodrigo Poblete, en su publicación "La solidaridad. Pensamiento teológico-social de San Alberto Hurtado", da cuenta del origen de esta expresión y de su fuerza: *"En la raíz etimológica de la palabra 'solidaridad' hay dos universos significativos: el de la construcción (algo que está construido compactamente, sólidamente) y el de la jurisprudencia [el Derecho] (obligaciones contraídas 'in solidum': mancomunadamente). Del primer universo significativo quedará la lógica orgánica en el concepto de solidaridad: la unidad de un todo en el que las partes están sólidamente trabadas. Del segundo universo significativo quedará la exigencia de 'compartir' el destino entre distintas personas"*³. Así, una ciudadanía solidaria, es, por una parte, una ciudadanía unida –vinculada–; y, por otra, es aquella que se hace responsable –que se obliga– por el otro (prójimo); jurídicamente, responde por las deudas del otro.

Imposible no recordar al filósofo francés Emmanuel Lévinas, cuando propone un humanismo del otro hombre, del hombre que se responsabiliza y responde totalmente por el otro. Cito: *"Desde el momento en que el otro me mira, yo soy responsable de él sin ni siquiera tener que tomar responsabilidades en relación con él; su responsabilidad me incumbe. Es una responsabilidad que va más allá de lo que yo hago"*⁴.

Necesitamos esos ciudadanos: que nos hagamos responsables los unos de los otros, de lo común, de los asuntos de todos. Ciudadanos a los que nada nos es ajeno.

³ Rodrigo Poblete sj, "La solidaridad. Pensamiento teológico-social de San Alberto Hurtado", en Cuadernos de Espiritualidad n°164, Centro de Espiritualidad Ignaciana, Santiago 2007.

⁴ Emmanuel Lévinas, "Ética e infinito". Madrid, A. Machado Libros, S.A., 2000. Pág.80.

Derechos políticos.

El segundo pilar es el de Derechos políticos. Para hacernos responsables de los asuntos públicos, es importante la titularidad de derechos que nos permitan elegir representantes y decidir sobre el futuro común en aspectos fundamentales. Es decir, vivir en una democracia efectiva. Para ello son clave el sufragio universal de los chilenos –residentes en el país y en el extranjero– y de los inmigrantes. En Chile, a pesar de nuestras falencias en el trato a los extranjeros en materia de derechos, la constitución Política de la República otorga derecho a voto a quienes residen durante cinco años en el país. Norma bastante avanzada en comparación a otras legislaciones. También contribuyen a la construcción de una democracia efectiva la existencia de plebiscitos y la iniciativa popular de ley; y, sobre todo, contribuiría en Chile en esta línea una nueva Constitución, capaz de asegurar una verdadera participación y, sobre todo, permitir una mayor sintonía entre el pueblo y nuestro ordenamiento jurídico.

Gratuidad.

Tercer pilar para una ciudadanía más humana y humanizante: el de la gratuidad. La lógica de la gratuidad consiste en actuar desinteresadamente por el bien de otros, sin esperar una retribución utilitaria.

Como magníficamente lo desarrolla Benedicto XVI en la Encíclica Caritas in Veritate – texto obligatorio en nuestros tiempos y en esta sociedad de mercado–, la gratuidad debe permear nuestras relaciones en todos los espacios: en la economía, la política y las relaciones personales. En su carta, el Papa, parafraseando a su antecesor Juan Pablo II, en Centesimosannus, señala que *“la sociedad civil era el ámbito más apropiado para una economía de la gratuidad y de la fraternidad, sin negarla en los otros dos ámbitos [Estado y Mercado]”*⁵.

La lógica mercantil ha permeado en nuestras relaciones humanas. ¿Cómo esperar una ciudadanía solidaria/responsable, si en mi relación con los otros espero siempre un beneficio personal, una utilidad individual? ¿Cómo generar confianzas –elemento básico para cualquier proyecto colectivo- si busco que los otros actúen en función de mis intereses? El bien común no se consigue sino con la lógica del don, como expresión de la fraternidad; con el acto desinteresado por otros.

Caritas in Veritate es contundente en su introducción al señalar la importancia de la gratuidad en la construcción de la polis, reforzando así este tercer pilar, vinculado a los dos mencionados anteriormente: *“La ‘ciudad del hombre’ no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión”*.

Pluralismo.

El cuarto pilar es el pluralismo. La RAE lo define como “sistema por el cual se acepta o reconoce la pluralidad de doctrinas o posiciones”. Esta aceptación es fundamental, pero una ciudadanía que vela por el bien común debe no sólo aceptar sino valorar la existencia de realidades distintas, asumiendo que la diversidad enriquece cualquier sociedad.

Muchas veces, ante la diversidad –que gracias a Dios cada día se expresa más– como sociedad nos sentimos amenazados. Y la percibimos como hostil, porque le tememos a

⁵ Benedicto XVI, “Caritas in Veritate”, n. 38.

lo distinto, que muchas veces es desconocido. Y erróneamente, reaccionamos refugiándonos en nuestros pares, no abriéndonos a realidades nuevas. Esto naturalmente genera la exclusión de muchos, a quienes empujamos a dos alternativas: adecuarse a nuestra propia realidad, para que sea integrado, o mantenerse excluido. Y esto lo saben muy bien en Chile los pueblos originarios, los inmigrantes, los pobres y los homosexuales, a quienes como sociedad marginamos día a día.

Pero el camino es acoger al otro tal como es. Por eso, una ciudadanía que vive el pluralismo, una ciudadanía verdaderamente humana, no promueve la integración, entendida como que el otro se vincule a la mayoría dominante diluyendo su particularidad propia en el todo; sino que promueve la inclusión, entendida como sumarnos todos con nuestras realidades y culturas propias, las cuales libremente pueden subsistir y ser respetadas en sus diferencias.

Una ciudadanía pluralista es también aquella que jamás se cierra al diálogo, sino por el contrario, lo busca y lo fomenta, para intentar no sólo persuadir, sino también escuchar y dejarse interpelar, creyendo que en todas las personas puede haber verdad y razón. Esto no implica dejar de plantear las posturas propias y fundadas de cada uno; por el contrario, es importante manifestarlas con claridad, pero siempre desde la razón y no desde un absolutismo individual.

Ciertamente el concepto de inclusión recién dado, se hace más complejo de mantener en un mundo globalizado, donde ciertas culturas dominantes pasan a llevar a otras.

Juventud pujante.

Por último, como quinto pilar para cimentar una ciudadanía activa y constructora del bien común, es necesaria una juventud pujante, que denuncie injusticias y promueva un futuro esperanzador.

Tengamos presente que, según la última Encuesta Nacional de Juventud, publicada por el INJUV el 2010⁶, actualmente cerca de un cuarto de la población nacional son (somos) jóvenes (entre 18 y 30 años). Y para el 2015, será el año con mayor porcentaje de jóvenes en la historia del país. Nunca seremos tantos como para ese año. Viviremos el -llamado por los economistas- bono demográfico⁷. Lo que es claramente una oportunidad, dentro de la visión que exponemos.

Tengamos también presente una interesante pregunta que hace el INJUV en esta encuesta: ¿En qué consiste ser ciudadano/a? Casi la mitad de la población joven señala que significa “cumplir con las leyes del país”. Lamentablemente, prima una pasiva imagen del concepto de ciudadanía. Sería interesante saber si tras el 2011 esta percepción ha cambiado.

Sin embargo, en la misma pregunta, prácticamente un tercio de los jóvenes cree que ello implica “participar activamente en los asuntos de la comunidad” y “participar en la toma de decisiones”. Así, un porcentaje importante, aunque menor que el anterior, identifican el concepto de ciudadano con un rol activo.

Y necesitamos escuchar con fuerza a jóvenes que respondan esto último: “ser ciudadano es participar activamente en los asuntos de la comunidad” y “participar en la toma de decisiones”. Y no sólo que lo respondan; también que lo vivan.

⁶ Instituto Nacional de Juventud (INJUV), “Sexta Encuesta Nacional de Juventud”, Santiago 2010, p. 149.

⁷ Es la oportunidad económica resultante del cambio favorable de la relación de dependencia entre la población de edad productiva (jóvenes y adultos) y aquella en edad dependiente (niños y personas mayores), con un mayor peso relativo en la primera en relación a la segunda.

¿Por qué hacer esta diferencia entre juventud y el resto, que además es bastante odiosa para algunos? Porque en los jóvenes hay una energía, un ímpetu y una libertad, que en otros grupos etarios se encuentra –sí–, pero en menor proporción. Que no se ofendan los que se sienten con alma de joven, no dudamos que la tengan, pero estadísticamente son más los jóvenes que cumplen con estas características. No por nada el Cardenal Raúl Silva Henríquez decía en “Mi sueño de Chile”: *“Pido y ruego que se escuche a los jóvenes y se les responda como ellos se merecen. La juventud es nuestra fuerza más hermosa. (...) Pido y ruego que la sociedad entera ponga su atención en los jóvenes, pero de un modo especial, eso se lo pido y ruego a las familias ¡No abandonen a los jóvenes!”* En la misma línea, Salvador Allende también señalaba *“ser joven y no ser revolucionario, es una contradicción hasta biológica”*. Incluso el Presidente de la FEUC de 1990, Claudio Orrego Vicuña, exclamaba en su discurso de cambio de mando: *“si como jóvenes no somos capaces de soñar una sociedad más justa, difícilmente otros lo harán”*.

La ciudadanía entera se alimenta de este ímpetu y se rejuvenece. El 2011 tuve la oportunidad de acompañar a dirigentes estudiantiles en las movilizaciones y escuchar cómo distintas personas de distintas edades se les acercaban con emoción y les agradecían: *“Gracias por recordarnos que no tenemos que aguantar este sistema de educación injusto; gracias por recordarnos que es posible soñar un mejor país; gracias por devolvernos la esperanza”*. Así, con la iniciativa de los jóvenes, marchó toda la familia. Fue un empujón para todos. Y tal como el 2011 en Chile, en el mundo entero ha sido la juventud la principal impulsora de los cambios y la que ha puesto en la discusión pública la necesidad de reformar las estructuras hacia unas más justas. No creo en la efebocracia, en el gobierno de los jóvenes, ni en el que *“se vayan los viejos pa’ la casa”*, como vociferan algunos. Pero sí en que una juventud preocupada de la construcción del país, hace una diferencia sustancial en los resultados a los que es posible llegar, pues desde los jóvenes es más fácil poner la mirada en los nortes utópicos.

Joan Manuel Serrat dice que *“sin utopía la vida sería un ensayo para la muerte”*. Como país, en los últimos 20 años, hemos enterrado las utopías. 17 años después del golpe de Estado, por un justo y fundado temor a volver a caer en la oscuridad vivida durante la dictadura, nos apegamos a *“hacer los cambios en la medida de lo posible”*. Esta filosofía –razonable en el comienzo–, nos hizo proponer políticas públicas dentro de lo que nos decían que era posible, y nos acostumbramos a vivir en ese marco. Hoy, los estudiantes, los jóvenes y los excluidos, nos exigen ampliar ese marco.

Una ciudadanía activa no debe dejar de lado jamás el plantear nortes utópicos, y en eso los jóvenes contribuyen enormemente. No obstante, debemos distinguir entre este horizonte trascendental y la actividad diaria de construcción que hacemos los ciudadanos, desde distintos ámbitos, para que con la generación de propuestas viables nos dirijamos hacia estos nortes utópicos. De esta manera –en palabras de Norbert Lechner– podemos *“diseñar un proyecto realista de la sociedad deseada”*⁸.

3.- Conclusión

En definitiva, una ciudadanía organizada, crítica y activa, es una buena noticia para el país. Sin embargo, parte de la ciudadanía también debe dar el paso de organizarse a través de partidos políticos, intentando aspirar al poder y a participar en la toma de decisiones a distintas escalas. Por su parte, los partidos políticos y los Gobiernos deben ser capaces de

⁸ Norbert Lechner, *“¿La política debe y puede representar a lo social?”*, 1992.

relacionarse con las organizaciones ciudadanas, asumiendo que tienen competencias y roles distintos y complementarios.

Por lo demás, el promover una sociedad civil fuerte, es parte del ideario socialcristiano-comunitarista, que nos une en este seminario. Por lo que debemos alegrarnos con cada indicio de asociativismo.

Pero no es cualquier ciudadanía a la que debemos aspirar. Necesitamos una ciudadanía solidaria, con derechos básicos para asumir responsabilidades, pluralista y nutrida de una juventud pujante. Sólo así podremos avanzar hacia una sociedad más justa, digna y fraterna; una sociedad más humana y humanizante.